

LOPE, INFAMADO DE MORISCO: *LA VILLANA DE GETAFE*

Distamos todavía de un conocimiento adecuado de lo grande y de lo pequeño del inmenso fenómeno histórico-literario del *Romancero nuevo*. No se ha realizado a estas alturas la indispensable tarea previa de reconocimiento de autores, cronología y agrupación temática de la gran mayoría de sus piezas, e incluso el canon seminal del aporte lopesco se halla en penumbras y sin catalogar. No faltan (aunque tampoco abundan) buenos estudios monográficos ni incitantes atisbos acerca de la valoración de aquel magno hecho poético. Menéndez Pidal¹ registra el carácter absolutamente único de una generación de poetas cultos, nutridos de savia humanística, volviéndose de una forma tan completa al cultivo de una forma literaria medieval. Avanzando al hilo de la misma consideración, Américo Castro² ve

¹ "La estimación que la España del siglo xvi sintió por los romances medievales tiene su correspondiente, aunque algo menor, en otros pueblos de Europa; lo que no se hizo en ningún otro país, ni aun en los más significados en tal dirección, como Dinamarca e Inglaterra, fue el poner de nuevo en moda el cultivo de las baladas, como España hizo" (*El romancero nuevo*, Madrid, 1949, p. 25). Paradoja comentada igualmente por José F. Montesinos: "Después de haber gustado hasta el empacho los últimos relieves de la mesa petrarquesca, después de haber sentimentalizado hasta la insensatez una literatura que desde sus comienzos tuvo el don de lágrimas, esta generación de 1580 se pone de propósito a ironizarla" ("Algunos problemas del Romancero Nuevo", *Romance Philology*, 6 (1953), p. 244). Margit Frenk prefiere referirse a un proceso de "folklorización" destinado a la masa y que en ningún otro país produjo "esa tendencia al siquismo y múltiple desarrollo que alcanzó en la Península Ibérica" ("La significación de la lírica popular en el Siglo de Oro", *Anuario de Letras*, 2 (1962), p. 54).

² "El Romancero fue ensanchando y magnificando sus dimensiones a medida que la casta dominante iba haciendo de España un imperio con límites a la merced del espíritu de quienes se lo estaban creando... Las proezas históricas o novelescas, melodiosamente evocadas,

en ello el síntoma inequívoco de una literatura escindida y aun subvertida por un casticismo capaz de transformar lo heredado en actualidad, lo popular en lo culto y lo oral en papeles impresos, como si Garcilaso y Petrarca no hubieran nunca existido.

En un terreno más obvio e inmediato, tal vez no hayamos despertado tampoco a la realidad viviente de una poesía cuya característica (en su decisiva formulación lopesca) era el no presentarse como tal literatura, sino como objetivación material y experiencia biológica de ésta, a la vez que como artículo de consumo. En otros términos, el nunca visto poder de unas palabras para asaltar los oídos y grabarse en la memoria con la inocencia perversa de su autenticidad humana. Lope comienza su carrera desbocada con este vuelco integral de su persona en una poesía por tantos conceptos "impura". Versos que son confidencia, éxtasis, venganza y que abren de par en par una vida sentimental donde reinan pasiones altas y bajas, con predominio de una temática negativa, avasallada por los celos, las emboscadas y las traiciones amorosas. Esta poesía, esclava del exhibicionismo casi neurótico de su autor³, surge en un ambiente literario dominado por la contención y los esfumados del petrarquismo, respecto al cual significan no sólo una paradoja, sino también una rebeldía práctica, en todo paralela a la de su teatro frente a la preceptiva del *arte* neoaristotélico.

Aquel torbellino de romances dio a Lope una "popularidad" como no había conocido en España ningún otro poeta. Pero no una fama estrictamente poética, sino la de un

creaban un horizonte retrospectivo, sin la enojosa rivalidad de moros y judíos" ("Cómo y por qué fue realmente conflictiva la literatura del siglo XVI", *Papeles de Son Armadans*, [septiembre, 1966], p. 234).

³ Rasgo traspuesto artísticamente al Fernando de *La Dorotea* conforme a lo que ALAN S. TRUEBLOOD llama "the heightened objectivity in regard to role-playing that Lope acquired with advancing years" (*Experience and Artistic Expression in Lope de Vega*, Cambridge, Harvard University Press, 1974, p. 449). Su llegada, por este camino, a la confesión abyecta, estudiada por FRANCISCO A. DE ICAZA, *Lope de Vega. Sus amores y sus odios y otros estudios*, México, 1962, pp. 21 y ss.

ser proverbial y aparte, a la vez que familiar y por lo mismo no tomado muy en serio. Desde el primer día, Lope pagó también por ella un alto precio en descrédito personal y en celebridad dudosa que nunca pudo ni apenas intentó redimir si no es, a su vez, poéticamente. Mala o buena, era todo fama y Lope no podía prescindir de su halago. Su vida así pregonada le entregaba indefenso como blanco de rechiflas, detracciones y sátiras de enemigos y competidores. Impedido y cauteloso por aquella techumbre de vidrio, Lope se vio obligado con frecuencia a defenderse o atacar con las peores armas prohibidas y la vida literaria que fluyó a su alrededor estuvo marcada, no menos que sus amores, por el escándalo y las bajezas.

El fenómeno vital del *Romancero nuevo* impuso así un rumbo inexorable a toda la obra de Lope. Hay pocos aspectos de ésta que, al ser estudiados de cerca no conduzcan, por camino real o por vericuetos, a alguna realidad ya configurada en esos poemas que se suelen considerar juveniles, pero que de hecho continuó escribiendo hasta los años de su primera madurez. El mismo teatro de Lope continuó siendo una gran caja de resonancia para los acordes temáticos y sentimentales de aquel entrañable mundo poético. Con la tendencia a fabricar su propia tradicionalidad⁴ que constituye el foco centrifugador de su tarea creadora, los romances se reenganchan de continuo para nuevos turnos de servicio en las comedias. Saltan así como alusión o clave situacional, paráfrasis, arreglos o simples reinserciones. Como magistralmente señaló José F. Montesinos⁵, la reelaboración del *Romancero nuevo* en la comedia determina una feliz oportunidad metodológica para el estudio de una provincia donde la crítica se ve casuísticamente ofuscada por los avatares de la tradición textual y por la fatamorgana del auto-

⁴ Véanse las ideas expuestas por EDWIN S. MORBY acerca de la "materia de Dorotea" en "Persistence and Change in the Formation of 'La Dorotea'", *Hispanic Review*, 17 (1950), pp. 108-125.

⁵ Especialmente en "Para la biografía de las obras no dramáticas de Lope de Vega", *Estudios sobre Lope de Vega*, Salamanca, 1967, pp. 279-291.

biografismo. *La villana de Getafe*, una de sus más lindas comedias, ilustra aquí uno de estos casos en que romancero y teatro se iluminan mutuamente al ser estudiados como *Zirkel im Verstehen*⁶.

La obra tiene por protagonista masculino a don Félix del Carpio, galán noble y muy mujeriego que se despide de su amada doña Ana para concluir en Sevilla ciertos negocios antes de casarse con ésta. Doña Ana, que sin duda conoce muy bien a su prometido, muere de celos anticipados de las hermosas sevillanas, por lo cual trata de asegurarse la vigilancia y lealtad de Lope, el criado de don Félix, que también se proclama "hidalgo, aunque lacayo"⁷. La fidelidad amorosa de su señor no necesita, sin embargo, de tan largo viaje para sucumbir. A las puertas mismas de la corte, nada más llegar a Getafe, reconoce a la labradora Inés, con quien tuvo una elemental aventurilla en las calles de Madrid. El encuentro fortuito fue una profunda experiencia para la villana, que lo describe en delicioso romancillo a su confidenta Pascuala, mientras ambas bordan a la puerta de su casa:

Iba descuidada,
y, al pasar, asíome
de aquestos corales,
Dios se lo perdone,
que por no quebrallos
me fui tras el hombre
el zaguán adentro.

Pascuala. ¿Pues bien?

Inés. Pellizcóme;
y a lo que me dijo
respondíle ¡oxtel!

⁶ Véase ALFREDO SCHIAFFINI, "Breve consideración sobre los métodos estilísticos de Spitzer", *Cuadernos Hispanoamericanos*, 61 (1955), p. 401.

⁷ *La villana de Getafe*, ed. FRANCISCO RUÍZ MORCUENDE en *Obras de Lope de Vega. Obras dramáticas*, Madrid, Academia Española, 1930, tomo X, p. 368 (todas las citas se entienden referidas a esta edición). Existe un texto más depurado en la tesis doctoral inédita de GUNDA SABINA KAISER, *A. Critical and Annotated Edition of Lope de Vega's 'La villana de Getafe'* (University of Wisconsin, 1958).

como acá lo dicen
nuestros labradores.

¡Oh, qué diestro era
en decir amores
y mirar con alma
y ojos socarrones!
Si verdad te digo,
midióme de golpe
la boca, aunque daba
sospiros y voces.
Bajó en este tiempo
cierto gentilhombre:
“¿Qué es esto, don Félix?”
le dijo, y dejóme.

(p. 370)

Don Félix, insatisfecho de no haber probado más allá de lo que llama “la fruta del zaguán”, se encandila con la perspectiva de reanudar la aventura, pero el cortejo de la enamorada labradora se estrella ante la desconfianza de ésta en la palabra matrimonial de un caballero. Al cabo de dieciséis meses de ausencia se entera Inés de cómo don Félix vuelve de Sevilla para su proyectada boda con doña Ana. Decidida a impedir este enlace, Inés marcha a la corte y se presenta en casa de la novia, fingiéndose una rústica en busca de un “pollino” perdido. Doña Ana la toma como criada, atraída de su ficta rusticidad. Para el logro de sus fines, la getafeña hace llegar a su ama un diabólico papel anónimo:

La lástima que os tengo, señora doña Ana, me ha obligado a escribiros, que este caballero con quien os casáis es morisco, y ansimismo lo es su criado; ya se les hace la información para echallos de España. Su abuelo de don Félix se llamaba Zulema, y el de Lope, lacayo, Arambel Muley, que eso del Carpio es fingido, porque con los dineros que ganó su padre a hacer melcochas en el Andalucía ha comprado la caballería con que os engaña (p. 393).

La falsa denuncia ejerce un efecto devastador sobre doña Ana y su padre Urbano, que inmediatamente empieza a muñir el casamiento de su hija con cierto don Pedro, otro adorador de ésta hasta entonces desfavorecido. La pobre dama casi no puede dar crédito a semejante revelación.

Ana. Que Lope morisco sea,
aun lo parece en la cara;
mas don Félix...

(p. 393)

La escandalosa nueva se propaga en seguida entre los criados, la fregona Julia y el rancio escudero Ramírez:

Julia. Don Félix y Lope
son moriscos.

Ramírez. ¿Qué me cuentas?

Julia. De España quieren echallos;
la información está hecha.

Ramírez. De Lope siempre temía,
Julia, que morisco era:
cara tiene de quemado.

Julia. De don Félix fue Zulema
abuelo y del bellacón
de Lope, ¡maldita sea
el ánimo que le quisol,
Muley Arambel.

(p. 394)

Cuando don Félix viene, ignorante, a ofrecer a su prometida el espléndido regalo de un coche de la más lujosa manufactura sevillana, encuentra una glacial acogida tanto en la dama como en su padre. Ambos reconocen en él, efectivamente, un aire morisco en el que no habían reparado:

Ana. Más de espacio le miré,
no en balde la fama suena.
Morisco me ha parecido,
y aun en el habla también.

(p. 394)

Urbano. Él tiene de moro el gesto
y aun lo parece en hablar.

(p. 394)

Esto por parte de los señores, porque el odioso Ramírez es mucho más insultante con los desprevénidos amo y criado:

Ramírez. ¿Pues es bien,
don Félix o calabaza,
que ande tu honor en la plaza
y que por moro te den,
y te hagan información
para que de España salgas,
y con sangres tan hidalgas
quieres mezclar tu nación
y la secta de Zulema,
y el Lope cuyos abuelos
vivían de hacer buñuelos
en cuyo aceite se quema,
con Julia, que es como el sol?
¡Váyanse, perros, a Argel
y, pues Muley Arambel,
el melcochero español
fue abuelo suyo, lacayo,
aquí jamás los pies meta,
que voy por una escopeta,
y quisiera por un rayo!

(p. 394)

Las víctimas no entienden nada de todo aquello. Don Félix cree de momento que el infundio viene por intriga de don Pedro, con el que poco después tendrá un duelo en que sólo le herirá levemente, debido a la rápida presencia de la justicia (don Pedro sale vivo porque va a hacer falta en el desenlace). Cuando don Félix y Lope intentan volver a la casa de doña Ana, el terrible Ramírez los ahuyenta con sarcásticas amenazas perrunas y porcinas, conforme a la temática favorita de las burlas antimoriscas:

Ramírez. He de colgar un pernil

para que vayan huyendo.

Ramírez. ¿Mas que les suelto un lebre
a que se muerda con ellos?

(p. 395)

Se siguen, como es de esperar, los mentís más iracundos:

Lope. ¡Hola, escudero! Yo he sido
el que el tocino inventé;
yo los puercos engendré;
mía la invención ha sido.

(p. 395)

Félix.
Yo soy Carpio de Castilla,
y de mi linaje hay hombre
que hoy se acuerda de su nombre
el castillo de Sevilla.

(p. 395)

La cómica escena es rematada por la propia Inés, gozándola en grande por el éxito de su diabólico ardid:

Inés. Si supiera algarabía
hablara a vuesa merced,
a quien suplico se vaya
de Madrid, que estos hidalgos
no van a caza con galgos,
que es su origen de Vizcaya,
y son Alderetes finos;
fuera de que en esta casa
sólo don Pedro se casa.

(p. 395)

Es también un momento de culminante significación, en que la villana getafeña encarna el triunfo de la plebeyez cristiano-vieja sobre los valores, en aquella sociedad vacilantes, de lo económico y de lo nobiliario:

Inés. Si no dejan la perrera
haré que salga allá fuera

quien mucho azote les dé.

¡Cuál el perrazo venía
con su carlanca de cuello
a gozar un ángel bello
y a manchar tanta hidalguía!

Y el alano del lacayo,
haciéndose braco humilde
con la desollada tilde
que le cubre el color bayo.

Váyanse luego de aquí
o pondréles una maza.

(p. 395)

Claro está que el burdo engaño no resulta demasiado difícil de deshacer y sólo alcanza un éxito momentáneo. Don Félix es propuesto en estos mismos días para nada menos que un hábito de Calatrava. Quiere decir que ahora son doña Ana y su padre quienes se arrepienten y tienen ante sí un grave problema, pues el despechado don Félix está a punto de casarse con otra noble y hermosa dama, llamada (cómo no) doña Elena. Peor aún es la situación de la villana, que ve su felicidad amorosa más comprometida que nunca. Por eso ha de conspirar con doña Ana para deshacer la boda con Elena, y para ello irá con otro embrollo a la misma casa de ésta, enamorándola bajo el consabido disfraz masculino. La discretísima ejecución de tales artimañas acarreará un desenlace venturoso, en que don Félix acepta el casarse con la villana, pues para eso es técnicamente hidalga, aunque muy pobre, y de la más rutilante limpieza de sangre, única consideración que en esto de veras cuenta:

Félix.
Inés es limpia loh Fortuna!,
que la diferencia es
el llamalla doña Inés,
que no cuesta cosa alguna.

(p. 408)

Lope, el poeta, juega aquí a su propio reconocimiento bajo el doble disfraz de amo y criado, igualmente cubiertos

y reivindicados después de las sombras de la calumnia. Está invitando, de hecho, a descifrar una alusión personal bajo la transparencia de unos nombres tan suyos como los de Félix y Lope. La reacción mecánica sería en esto la de considerar a ambos personajes como un Lope desdoblado en sus facetas de poesía y prosa, de exquisito y cínico. Pero pronto se echa de ver que amo y lacayo son igualmente irresponsables en amor e igualmente infamados en sus impecables hidalguías. Aun así, se ha ejercido una vez más la conocida preferencia por revestir la "figura del donaire"⁸ y es precisamente *Lope* quien airea toda la irritación de su creador ante una injuria de aquella naturaleza:

Pues ¡vive Dios! que diciendo
de un estornudo del Cid.

(p. 396)

La alusión apologética del verdadero Lope no puede hallarse más claramente pregonada: "En herrar Lope no erró" (p. 371). Ya sabemos, por otra parte, que sus yerros eran todos "por amores" y, en cuanto tales, los más dignos de perdonar.

La superficie juguetona de la comedia no oculta un fondo de inicial preocupación con el problema de la limpieza de sangre. El caso de Félix-Lope puede servir como ejemplo perfecto para ilustrar la paradójica precariedad del noble en una sociedad donde sólo el villano, abroquelado en su limpieza de sangre, pisa sobre terreno firme. Tras haber probado su linaje, don Félix denuncia la epidemia de las hablillas demoledoras de las honras, la mezquina realidad de una sociedad madrileña que se alimenta de la murmuración y hasta sabe cómo erigirla en ventajoso profesionalismo:

⁸ JOSÉ F. MONTESINOS, "Algunas observaciones sobre la figura del donaire", *Estudios sobre Lope*, pp. 21-79. MICHAEL J. RUGGERIO, "Lope and his Role as Figura del Donaire", *Romanische Forschungen*, 78 (1966), pp. 64-89.

Félix. ¿Que haya lenguas en el mundo
que un testimonio levanten?

Lope. De que estas cosas te espanten
me espanto.

Félix. En mi honor lo fundo

Lope. Pues ¿úsase cosa tanto
como testimonios ya?

Félix. Lleno este lugar está.

Lope. De lo que sufren me espanto.

Félix. ¿No se puede remediar?

Lope. Es oficio de demonios.

Félix. Mas levantar testimonios
es a veces levantar;

que aunque padecen con ellos
mientras no son conocidos,
muchos que estaban caídos
se han levantado por ellos.

Lope. No escucharás en corrillos
de hombres, que mirar podrían
sus cosas, que al vulgo fían
vinagres, quita pelillos,
sino Fulano es un tal,
y una tal por cual Fulana,
pues en casa de Zutana
no se bate el cobre mal,
y mil nuevas mentirosas
contra el honor de mil gentes.

(p. 398)

La vulnerabilidad de las honras, puestas a merced de la primera habladuría, ejerce así el papel de una nefasta rueda de la Fortuna, encumbrando a unos y abatiendo, siempre injustamente, a otros.

¿Estaremos, pues, ante un Lope disidente en un punto tan crucial como es la crítica y rechazo de la limpieza de sangre? El caso de *La villana de Getafe* aclara del todo sus intenciones y permite responder con una enfática negativa. Félix prueba con facilidad su limpieza (porque el sistema funciona con eficacia) y la calumnia que comenzó aviesa termina en nada más que una broma pueril. El caballero

incluso ha aquilatado su honra con todo aquel episodio y sólo tiene plácemes para aquel *Madrid* sintomático y tan suyo:

Félix. Todo me sucede bien;
Madrid se ha desengañado.

Lope. Agora estás más honrado
y más vengado también.

(p. 398)

No ha ocurrido ningún daño irreparable. El padre de doña Ana viene, urbanamente obsequioso, a decirle a Félix que allí no ha pasado nada:

Urbano. Ya estoy de vuestra sangre satisfecho;
y así, os doy a mi hija nuevamente.

(p. 407)

Si el galán no quiere ahora a la dama es porque mientras tanto el amor ha hecho de las suyas y porque se prepara el triunfo, enteramente característico, de la villana sobre el noble y ello es, en todo caso, la única *tesis* de la obra. Félix no tiene palabras de condena para el proceder de la hija y del padre, pues cualquier persona sensata habría reaccionado igual ante una papeleta de esa clase:

Félix. No era razón que un ángel se le diese
a un nieto de Zulema. El cielo os guarde.

(p. 407)

El blanco moral de Lope es así, muy claramente, el vicio de la murmuración y no el concepto ni las prácticas de la limpieza de sangre. Lejos de comprometer de algún modo el sistema, lo respalda de arriba abajo, mostrando su necesidad y la justicia eficaz de sus procedimientos. Puesto a mirar algo más allá del vicio vulgar y sempiterno de la murmuración, encuentra en la ociosidad (tan denostada en los primeros años del siglo xvii)⁹ la única causa remota del

⁹ En especial por influjo del programa reformista expuesto por el doctor Cristóbal Pérez de Herrera en sus *Discursos del amparo de los*

mal, y urge por lo mismo una política de castigo de los ociosos:

Félix. Son lenguas impertinentes,
y son vidas siempre ociosas.
No hay ley más santa en la tierra
que castigar los ociosos.
Yo muero.

(p. 398)

Claro que Lope hubiera podido aplicar todo el cuento a la malevolencia con que se dedicó a infamar de judaísmo el linaje de don Luis de Góngora¹⁰.

Si se impone, pues, descartar la crítica de la limpieza de sangre como foco de *La villana de Getafe*, no queda otra alternativa que la de ver allí a Lope embarcado en una apología *pro vita sua*, o mejor dicho *pro sanguine suo*. El problema parece a primera vista arduo, porque Lope ofrecía excelentes credenciales en lo relativo a su pureza de

legítimos pobres (Madrid, 1598), que de un modo decisivo contribuyeron a moldear la fisonomía del *Guzmán de Alfarache*. Lope, que debió conocer personalmente en las islas Terceras al distinguido médico y arbitrista, contribuyó dos sonetos laudatorios para estos *discursos*, que probablemente no entendió en sus sentidos más profundos (*Amparo de pobres*, ed. MICHEL CAVILLAC, Madrid, 1975, pp. 12 y 50).

¹⁰ Sobre la precocidad, anticipo y responsabilidades de Lope en este lamentable terreno discurre EMLIO OROZCO DÍAZ, *Lope y Góngora frente a frente*, Madrid, 1973, pp. 68, 86 y 260. No deja de ser altamente significativo el hecho de que Góngora no pudiera devolverle la pelota en esto del linaje (p. 86) y tuviese que poner a Lope de hereje helvidiano (negador de la Inmaculada Concepción) y aun de alumbrado (p. 265), por picante alusión a la proverbial lujuria hipócrita de dichos heterodoxos. Según C. Colonge, Góngora llegó en una ocasión a tildar a Lope de morisco pero se habla solamente en la equivocada atribución del romance "Toquen apriesa a rebato" ("Reflets littéraires de la question morisque entre la guerre des Alpujarras et l'expulsion", *Boletín de la Academia de Buenas Letras de Barcelona*, 33 (1969-1970), p. 144).

linaje¹¹ si bien no quepa decir lo mismo de sus risibles pretensiones de rancia nobleza¹², muy bastantes para dejar en

¹¹ Insinúa lo contrario DIANE J. PAMP, *Lope de Vega ante el problema de la limpieza de sangre* (Northampton, Smith College, 1968). No se llega a establecer, sin embargo, nada más firme que sus actitudes defensivas o suspicaces ante la humildad de su propio linaje, obsesión paranoica con envidias y calumnias, etc. Muy cierto que su disposición personal hacia notorios conversos, como Mateo Alemán o Felipe Godínez, era inmejorable cuando se trataba de amigos o admiradores suyos. *La villana de Getafe* es aquí objeto de atención (pp. 48-50) por sus claras resonancias autobiográficas, sometidas a un característico tratamiento paliativo por parte de Lope: "Otra vez le vemos esquivar lo tremendo del tema trocando lo judío en moro" (p. 50). Sobre la paradoja del carácter trágico de la limpieza de sangre y su planteamiento cómico en *La villana de Getafe* y en muchas otras comedias, cf. MARCEL BATAILLON, "'La desdicha por la honra': génesis y sentido de una novela de Lope", *Varia lección de clásicos españoles*, Madrid, 1964, pp. 397-398. No se debe olvidar en esto que, como observa Julio Rodríguez Puértolas, la mayor preocupación de Lope tenía que ver con la "hidalguía", más bien que con la misma limpieza de sangre ("La transposición de la realidad en los autos sacramentales de Lope de Vega", *Bulletin Hispanique*, 72 [1970], p. 100).

¹² Continúa siendo referencia obligada sobre este punto A. MOREL FATIO, "Les origines de Lope de Vega", *Bulletin Hispanique*, 7 (1905), pp. 38-53. Sólo que, contra lo aquí mantenido, la manía nobiliaria no le abandonó nunca en realidad, según observa JUAN B. AVALLE ARCE, "Dos notas a Lope de Vega", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 7 (1953), p. 427. Claro que Lope también alardeaba de su bajo linaje, que automáticamente le ponía a cubierto de sospechas acerca de su sangre. Así el gracioso Hernandillo de *La ocasión perdida*: "No hay en mi linaje ofensa; / los envidiosos lo digan; / la almohaza es mi defensa; / que los trabajos obligan / a lo que el hombre no piensa. / Mil con rojos y amarillos / hábitos hacen corrillos / contra el lacayo que ves, / que puede honrar un pavés / con diez y nueve castillos". *La ocasión perdida* es, precisamente, una comedia de entre 1599 y 1603 y el texto citado supone, con toda probabilidad, una respuesta a Góngora y su sonetada contra el escudo de armas de *La Arcadia*, según estima HENRY N. BERSHAS, "An Autobiographical Allusion in Lope", *Hispanic Review*, 29 (1961), pp. 239-240. En los feroces intercambios de la *Spongia* (1617), el doctor Pedro Torres Rámila sacaba a relucir, en efecto, la pobreza de la familia de Lope, pero no podía infamarla para nada en el terreno de la sangre (JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS, "Una guerra literaria del Siglo de

buen lugar al anónimo en lo de “eso del Carpio es fingido” (como lo era el famoso escudo). No suenan acusaciones ni pullas satíricas apuntadas al terreno de tener en su linaje lo que llamaban “raça”. Para quien, a lo largo de su vida, fue objeto de tanta y tan apasionada controversia, viene a ser un ejemplo casi inaudito. Y ciertamente inconcebible si en dicho aspecto hubiera ofrecido a las malas lenguas el más mínimo asidero o resquicio.

Y sin embargo, Lope sufrió también esa clase de ataque, si bien con cierto sesgo juguetón y de escaso peligro, además de relacionado muy de cerca con el *Romancero nuevo*. No hay que olvidar que Lope fue proyectado a la fama callejera por sus escandalosos amores y bajo un tenue disfraz de moro y pastor de romance. La popularidad universal del *Mira*, *Zaide* y del *Potro rucio*, repetidos hasta convertirse en obsesivos sonsonetes, trajo consigo no sólo las inevitables parodias, sino las rechiflas sobre la persona de aquel “poeta” de tan nuevo cuño. Procedentes de las diversas *Flores de romances* (publicadas a partir de 1589)¹³, el *Romancero general* (Madrid, 1600 y 1604) acogió casi una veintena de composiciones ridiculizadoras del tema morisco¹⁴ y, en mayor o menor grado, de Lope, su antonomástico descubridor. Una de ellas es la parodia “Ensillenme el asno rucio” por

Oro. Lope de Vega y los preceptistas aristotélicos”, *Estudios sobre Lope de Vega*, Madrid, CSIC, 1946, I, p. 324). Por su contrario, Lope pregonaba un origen morisco (real o supuesto) de su adversario Torres Rámila: “Si yo creyera a cierto Alí Bermejo, / trajeras almaizal y no casulla; / mas llega siempre tarde el buen consejo. / Fingiste siempre padres, bien sé, grulla. / Confiesa los que tienes, Zulemilla, / y vete a Argel con la nefanda trulla” (JOAQUÍN DE ENTRAMBASGUAS, *Cardos del jardín de Lope*, Madrid, CSIC, 1942, p. 56).

¹³ Ahora accesibles gracias al benemérito esfuerzo del llorado D. ANTONIO RODRÍGUEZ MOÑINO en la serie *Las fuentes del Romancero general*, Madrid, Real Academia Española, 1957-1971, 13 vols. El *Romancero general* (1600, 1604, 1605) permanece deficientemente editado por ÁNGEL GONZÁLEZ PALENCIA, Madrid, CSIC, 1947, 2 vols.

¹⁴ Fueron recogidos en sección aparte por AGUSTÍN DURÁN, *Romancero general*, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, Rivadeneyra, 1851, I, pp. 128-136.

don Luis de Góngora¹⁵, donde el romance de Lope aparece traspuesto a un ambiente villanesco, donde las penas amorosas se curan al lado de un buen jamón. Góngora se ensaña allí con la temática *larmoyante* y autocompasiva de Lope, al que por eso alude bajo el nombre de Antón *Llorente*, y también con lo poco ilustre de su linaje semicampesino:

Esto dezía Galayo,
antes que al Tajo partièse,
aquel yegüero llorón,
aquel jumental jinete,
natural de do nació,
de yegüeros decendiente;
hombres que ellos se proveen
sin que los provean los Reyes.¹⁶

Si este romance antilopesco de Góngora es bien conocido, no lo son en cambio otros ataques no menos duros ni obvios que le dirigió en su *Manojuelo de romances nuevos* (Zaragoza, 1601) el casi olvidado poeta madrileño Gabriel Lobo Lasso de la Vega (1558-1616)¹⁷. Autor de tragedias desahu-

¹⁵ Redactado probablemente en 1583, con alusión a la ida de Lope a las Azores, conocidísimo ya en 1585 y publicado en 1589 por la I *Flor* de Pedro de Moncayo. Parodia estudiada por JUAN MILLÉ Y GIMÉNEZ, *Sobre la génesis del Quijote*, Barcelona, 1930, pp. 41-45; JUSTO GARCÍA SORIANO, *Los dos don Quijotes*, Toledo, 1944, pp. 55 y ss. ROBERT JAMMES, *Études sur l'oeuvre poétique de don Luis de Góngora y Argote*, Bordeaux, 1967, pp. 145-148; EMILIO OROZCO DÍAZ, *Lope y Góngora frente a frente*, pp. 31-39. La dudosa fama del omnipresente *Potro rucio* dio pasto a muchas burlas del *Romancero* general, algunas tal vez hasta del mismo Lope. "Mis cerriles libertades / con silla y con freno duro, / siguiendo sus ligerezas / corren más que el potro rucio" ("Yo tuve con cierta dueña", I, p. 201). "Ensíllenme el potro rucio. / denme lanza como entena" (en la sátira antilopesca "Toquen apriosa a rebato", I, p. 375). "Lleve el diablo el potro rucio / del alcaide de los Vélez, / y a mí, si subiere en él, / cuando las cañas se jueguen" (I, p. 386). Bien conocido es el juicio de Góngora sobre el autor de *La Dragontea*: "Soberbias velas alza: mal navega. / Potro es gallardo, pero va sin freno".

¹⁶ *Romancero general*, I, p. 13. Todas las citas se entienden referidas a esta edición.

¹⁷ Véase el estudio biobibliográfico de EUGENIO MELE y ÁNGEL GON-

ciado con el público por el torrente lopesco, fue buen amigo de Cervantes, con el que probablemente colaboró en las travesuras no menos antilopescas de los preliminares del *Quijote*¹⁸. Lasso está muy quejoso de estos "Petrarcas"¹⁹ que no saben componer más que de moros en perpetua zambra. El tema morisco es para él una pura falsedad, pues sus conocidos héroes andan en realidad azacanados en los más bajos oficios del campo en las cercanías de Madrid:

Acompañe a Abenazar
que a la torre de Lodones
con cuatro cargas de higo
ha de allegar esta noche.
Celín Gazul, con almendras,
Audalla, con miel y arrope,
y con turrón de Alicante,
Sarrazino, por su porte;
con pasas y arroz Azarque,
Muley, con melocotones.
Muza, con peras vinosas
para proveer la Corte,
donde un mozo de despensa
les dará cincuenta coces
y los traerán las fruteras
cargados, y al estricote.²⁰

Las moras que nos quieren "vender por damas"²¹ andan también por ahí, mal vestidas, ganándose el sustento en el pobre comercio de buñuelos, tostones, aguardiente y na-

ZÁLEZ PALENCIA en la edición del *Manojuelo de romances*, Madrid, Saeta, 1942. También el de JOSÉ AMOR Y VÁZQUEZ, preliminar a la *Mexicana* del mismo (Madrid, 1970), con bibliografía completa. La bibliografía del poco estudiado *Manojuelo* se agota con el estudio de ANTONIO RESTORI, "Il 'Manojuelo de romances. Parte primera' di Gabriel Lasso de la Vega", *Revue Hispanique*, 10 (1903), pp. 117-148.

¹⁸ MARCEL BATAILLON, "Urganda entre 'Don Quijote' y 'La pícaro Justina'", *Pícaros y picaresca*, Madrid, 1969, p. 88.

¹⁹ *Manojuelo*, p. 82.

²⁰ *Manojuelo*, p. 29-30.

²¹ *Manojuelo*, p. 29-30.

ranjada. Las bellas de Muza o Audalla no fueron en realidad sino unas hembras prosaicas y de nulo *sex appeal*:

Unas moras pañolonas
con sus bragas atacadas,
con más trapos y antepuertas
que una sala entapizada.²²

Lasso saca a subasta toda aquella baratija morisca:

¿Quién compra diez y seis moros
que han quedado de unas cañas
como fiambre de boda,
y otros tantos de una zambra?²³

E invoca también al Cid para que barra de una vez aquella "canalla", colaborando con los poetas que ya se disponen a abandonar a "esa manada de perros" que otro poeta "a quien todos conocemos"²⁴ trata de vestir a lo bizarro. Poeta que, naturalmente, era Lope, aludido en los términos más obvios:

Salga, podenco harón,
de entre jara y alcornoques;
deje el prolijo destierro
ansí en galera le doble;
válgate el diablo por Moro
que ansí has cansado los hombres,
con tu larga soledad
y melancólicas noches;
el potro rucio te dé
en la barriga seis coces,
y quien "amén" no dijere
en malas galeras bogue.²⁵

²² *Manojuelo*, p. 131.

²³ *Manojuelo*, p. 101.

²⁴ *Manojuelo*, p. 180.

²⁵ *Manojuelo*, p. 30-31. Los ataques de Lasso se extienden también a otros aspectos de la obra de Lope y especialmente a su revolución teatral, que dice haberle dejado sin trabajo. La historia de las relaciones entre ambos poetas constituye, tal vez, el más interesante capí-

Las sátiras contra el tema morisco en el Romancero general son muy similares y obviamente corren al hilo, en los mejores casos, de la pluma de Góngora y del interesante autor del *Manojuelo*. Desarrollan los temas ya familiares del prosaísmo real de los moriscos, de la lloriconería y exhibicionismo de Lope, así como de su ignorancia (Góngora le ha llamado ya "jumental") de puro romancista incapaz de ejercitarse en empresas de otra envergadura. Esto cuando el mismo dios de Amor

Manda que quien no traduzga
 graves odas o epigramas,
 que en los gramáticos sotos
 la pedante yerba pazca.
 Y que el papel no encarezcan
 por el precio de su dama,
 más conocida que ruda
 y más que nariz sonada.²⁶

tulo aún por escribir en la biografía literaria del Fénix. Las relaciones personales entre los dos madrileños experimentaron altibajos similares a las de Lope con Cervantes y Góngora, con quienes hace Lasso un notable trío. La ausencia de toda mención de Lasso en *El laurel de Apolo* fue contada entre las conspicuas de esta obra por CAYETANO A. DE LA BARRERA, *Obras de Lope de Vega. Nueva biografía*, Madrid, Real Academia Española, 1890, I, p. 423. Lo elogió, en cambio, en su comedia *Juan de Dios y Antón Martín* (1611-1612), donde lo llama "vega fértil y admirable".

²⁶ *Romancero general* I, p. 221 ("Tanta Zayda y Adalifa", n. 330, Quinta parte; inserto también, con variantes de pormenor, en la Tercera parte, n. 120). La Quinta parte muestra aquí una interesante secuencia, con dos romances de ataque al topicazo morisco ("¡Ah, mis señores poetas!", n. 329; "Tanta Zayda y Adalifa", n. 330), a los que responde "¿Por qué, señores poetas?" (n. 331). "¡Ah, mis señores poetas!" fue erróneamente incluido en el canon gongorino por Millé y Giménez, con el escaso fundamento que expone en *Sobre la génesis del Quijote*, pp. 61-64. Pero, como estudia Robert Jammes, dicha atribución tiene en su contra, no sólo la tradición textual, sino una incompatibilidad absoluta con las ideas de Góngora, que despreciaba sin rebozo toda aquella ropavejería patrioterica del romancero y sus héroes (*Études*, pp. 137, 452 y 461-464). No es preciso encarecer, por el contrario, la perfecta coherencia de ambas piezas del *Romancero general* con las levadas antilopescas del *Manojuelo*. Hay

Es mera variante de la usual protesta de Lasso contra la invasión de tanto moro exótico, con sus nombres, vestiduras y costumbres no bautizadas. Pero no es todo aquí facecia y juego, pues el ataque del romance "Tanta Zayda y Adalifa" se plantea también en el terreno de una defección de españolía por unos poetas semiapóstatas a la ley de Mahoma:

Renegaron de su ley
 los romancistas de España
 y ofrecieronle a Mahoma
 las primicias de sus galas.
 Dexaron los graves hechos
 de su vencedora patria,
 y mendigan de la ajena
 invenciones y patrañas.
 Los Ordoños, los Bermudos,
 los Rasuras y Mudarras,
 los Alfonsos, los Enricos,
 los Sanchos y los de Lara,
 ¿qués dellos, y qués del Cid?
 ¿tanto olvido en glorias tantas?
 Ninguna pluma los vuela,
 ninguna Musa los canta.

(p. 221)

Lasso se hallaba muy irritado de ver el romancero usurpado por aquella caterva de moros, en ofensa de sus naturales ocupantes, los rancios héroes de las gestas. Por ello invitaba al Cid a desterrar *manu militari* aquella nueva invasión de la morisma:

que poner de relieve en este punto cómo las *Flores* y, a su remolque, el *Romancero general* se apoderaron de muchos poemas anónimos de Lasso, que se lamentaba de ello en tono graciosamente jereático: "Han dado en recopilar / ciertos curiosos autores / y en coger sudor ajeno / para vender a impresores, / y dan un libro compuesto / de la mañana a la noche / que llaman *Flor de romances* / y es porque lo traen por flores" (*Manojuelo*, p. 40). La Trecena parte del *Romancero general* (1604) utilizó muy a fondo los incluidos en la *Primera parte del Romancero y Tragedias* (Madrid, 1587) de Lasso de la Vega.

No lo consintáis, buen Cid,
 volved por vuestro derecho,
 que es vergüenza que se cante
 destes Moros trajineros,
 y que estén vuestras hazañas
 dadas al mudo silencio,
 con las de un fuerte Pelayo
 terror del Libio soberbio,
 y las de un Fernán González
 asaz bastantes sujetos,
 para eternizar sus nombres
 los más sutiles ingenios.
 Desterrad esta canalla
 si no lo hicieren ellos,
²⁷

Cargar contra el tema morisco era hacerlo también contra el poeta que tan públicamente lo había traído al mundo, y el mismo Lasso se dejaba ir sin transición de la sátira literaria a la personal. Al Cid no le costaría mucho hacer limpia de aquellos moros falsificados por un poeta de poco más o menos:

Que bien sabéis vos vencer
 batallas después de muerto,
 y echar duro yugo a Reyes
 y aun lanzarlos de sus Reinos,
 cuanto más a seis morillos
 alhajados de cencerros,
 con seis soñadas divisas,
 del poeta Juan Ciruelo,
 que hace mártir a un Moro,
 y de su pluma estafermo,
 y le saca como maya
 a vendérsosle por fresco.²⁸

No hay historicidad alguna en semejantes moros, falsos hasta en su indumentaria, pues no en vano su autor no es

²⁷ *Manojuelo*, p. 181.

²⁸ *Manojuelo*, p. 182.

ningún humanista aristotélico ni ha visto de cerca un turbante (pulla contra la escasa valentía militar de Lope, otro de los tópicos de la sátira contra éste)²⁹:

Y con vestidos de agora
siendo del año de ciento,
no habiendo visto turbante,
ni pasádole por pienso,
sino el de un triste morillo
que vino a vender pimientos;
el cual le dixo que en Fez,
fue enamorado su abuelo,
donde fue favorecido
de una Mora con exceso³⁰.

Quiere decir, pues, que Lope no entendía nada de moros sino por lo que le tocaba de una abuela que tuvo berberisca. Y se documenta con esto una acusación de sangre impura que no fue la única, pues surge también en el excelente "Toquen apriesa a rebato"³¹, sátira del mismo corte a

²⁹ Baste recordar el "proveerse" del ataque de Góngora en el *Asno rucio*. Hay que tener presente el enigma de la participación de Lope en la jornada de Inglaterra, del todo desconcertante todavía para la crítica (JUAN MILLÉ Y GIMÉNEZ, "Lope de Vega en la armada invencible", *Revue Hispanique*, 56 (1922), pp. 365-395; RUDOLF SCHEVILL, "Lope de Vega and the Year 1588", *Revue Hispanique*, 9 (1941), pp. 65-78). Particular interés reviste para esta cuestión un intercambio satírico de la Sexta parte del *Romancero general*. "Los galanes de la corte" (n. 46) responden a las burlas que desde suelo portugués les dirige uno de ellos, metido ahora a mal soldado por causa de sus "insolencias". El desdichado mlite no ve la hora de perder la cara del enemigo: "Pues si dicen que el Inglés viene por la mar surcando, / apriesa os desembarcáis, / no por salir a lo raso" (I, p. 311). Para la hipótesis de que Lope se desembarcara en la arribada de las naves a La Coruña, cf. MARÍA GOYRI DE MENÉNDEZ PIDAL, "La Celia de Lope de Vega", *De Lope de Vega y del Romancero*, Zaragoza, 1953, p. 108 n.

³⁰ *Manojuelo*, p. 182.

³¹ Atribuido a Lope en la edición de GONZÁLEZ PALENCIA (*Romancero general*, I, p. xxxvii). De un modo significativo, el romancero morisco queda aquí desdeñosamente asociado con el favor de un público hecho y educado en la dudosa escuela de las comedias: "Hay

lo Lasso (absurdamente atribuida alguna vez a Lope) contra el *Potro rucio* y su demasiado famoso autor, a quien se le achaca no sólo genealogía, sino hasta cara también de alpujarreño:

Pues que de la secta Mora
 las cerimonias enseña
 disfrazadas en romance,
 señal que deciede de ellas.
 Porque me dixo un refrán
 un tiempo una buena vieja:
 "El que las sabe mejor
 ese tañe las gambetas".
 Y para mí yo lo creo,
 porque su rostro demuestra
 haber nacido en Granada
 y criádose en la sierra.

(I, p. 376)

La doña Ana de la comedia no fue así la única ni la primera que le veía cara de morisco a "don Félix del Carpio".

Lope ha sido, pues, públicamente infamado de sangre mora. La sátira contra Lope romancista debió ser precoz, paralela a la difusión de poemas que, como *La estrella de Venus*, se imprimían ya en la *Flor* de 1589³². El romance "Toquen apriesa a rebato" figura en la *Séptima parte de Flor de romances nuevos* (Madrid, 1595) y la mayor parte de las piezas del *Manojuelo* de Lasso sin duda eran ropa

necios almidonados, / fisgones en las comedias, / que viendo un romance de estos, / se quedan la boca abierta. / Unos dicen 'gran concepto', / otros, 'famosa es la letra'; / y así entienden lo que dicen, / como los cuellos que llevan" (I, p. 376). "Toquen apriesa a rebato" y "Oídme, señor Belardo", "publicados anónimamente, son obra de alguien que no quería nada de bien a Lope", según JUAN MILLÉ Y GIMÉNEZ, "Apuntes para una bibliografía de las obras no dramáticas atribuidas a Lope de Vega", *Revue Hispanique*, 79 (1928), p. 365. Sobre la confusa atribución de este romance a Lope por parte de Durán, cf. Antonio Carreño, *El romancero lírico de Lope de Vega*, Madrid, 1979, p. 136.

³² Escrito originalmente hacia 1583 (MARÍA GOYRI DE MENÉNDEZ PIDAL, "Los romances de Gazul", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 7 (1953), p. 414).

vieja cuando se publicaron en 1601. De momento, Lope no parece haberse preocupado mucho por tales ladridos. Todo aquello era demasiado arbitrario e infundado, burla nacida de los roces profesionales que no le causaba ningún desdoro. El tono abiertamente chusco hacía que ni siquiera llegaran a ser bromas pesadas, y era mejor táctica no concederles ninguna beligerancia. Por otra parte, no deseaba arrostrar demasiados ruidos ni polémicas a causa del romancero, una literatura que, aunque tanto le debiera, cultivó sólo en el anónimo y jamás reivindicó para sí³³. Su primer movimiento fue correr (encubierto como de costumbre) a la defensa específica del género morisco: ¿es que acaso los moros y sus cosas no eran también españolas?³⁴ Había, además, ciertos límites y exigencias temáticas: tratándose de los recios héroes épicos y de los sesudos grecorromanos, ¿no sería ridículo sacarlos a enamorar damas, cantando bajo un balcón o cubiertos de galas fastuosas en danzas y saraos? En otra ocasión remachó, brillantemente³⁵, su indiferencia a la verosimilitud lo mismo que a la situación real de los moriscos de su tiempo:

No se me da, finalmente,
que en Granada hagan mil fiestas
los Moros, y que mañana
higos y buñuelos vendan.

³³ JUAN MILLÉ Y GIMÉNEZ, "Apuntes", p. 365.

³⁴ En el ya citado "¿Por qué, señores poetas?". Intercambio satírico recogido por RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL, *Romancero Hispánico*, Madrid, 1968, II, pp. 133-134. Se añade aquí con justeza: "El autor de esta respuesta atribuye el ataque ¡Ah, mis señores poetas! a un traidor del gremio poético, un Judas que por ensalzarse a sí mismo maltrata a los demás. El descubrir a este anónimo sería de particular interés, pues acaso nos revelaría a la vez un cultivador de los romances heroicos e históricos, cuya paternidad es, más que ninguna otra, difícil de descubrir" (p. 134). Pero tales condiciones *a priori* se cumplen por completo en la personalidad literaria de Lasso.

³⁵ En "¿Qué se me da a mí que el mundo?" (n. 856, Oncena parte). Esta vez no queda ninguna duda acerca de la paternidad de Lope (MENÉNDEZ PIDAL, *Romancero hispánico*, II, p. 134 n.).

España rebosaba de ingenios capaces de ensalzar a sus héroes conforme a lo escrito en las historias, empresa de menos quilates que la creación en términos del nuevo género, finamente presentada como triunfo del verdadero *saber* poético:

Y porque para escribir,
romances, coplas y letras,
de tan sabidas historias,
es menester menos ciencia,
pues un ficto pensamiento
arguye más elocuencia,
mayor ingenio descubre,
más sabor, y más prudencia.

(II, p. 37)

Lope completaba su apología con algunos despectivos trallazos contra las personas de sus adversarios. Sabía que eran principalmente dos (Góngora y Lasso de la Vega), pero por las razones que fueran consideraba más peligroso al segundo, y cuando quería zaherir a todo el grupo de sus críticos los llamaba así: "peores que lobos"³⁶. De la calumnia contra su linaje, ni una palabra por el momento.

³⁶ En el romance morisco "Desesperado camina (n. 437, Sexta parte), todo él una vehemente diatriba contra detractores y malas lenguas: "¡Oh cuán justos os mostráis / en la apariencia y palabra, / y sois peores que lobos / entre las ovejas mansas!" (I, p. 287). "¿Por qué, señores poetas?" singulariza como cabecilla de los poetas antimoriscos a cierto "Judas", un triste maldiciente empobrecido hasta el punto de carecer de ropas con que cubrirse: "Y el cielo te traiga a tiempo / que pidas de casa en casa, / como pobre mendigante / del Albaicín a la Alhambra" (I, p. 222). Es un claro modo de señalar a la pobreza lindante con la indigencia de que a menudo trata de hacer chistes la propia obra de Lasso y que éste achacaba, en parte, a la competencia ilícita (o literariamente heterodoxa) de Lope. Pero en "¿Qué se me da a mí que el mundo?", Lope sabía que eran fundamentalmente dos los "poetas" (ya una mala palabra) que más le fustigan: "Ni que cuando el sol se ponga / salga de Venus la estrella, / y que el potro rucio ande, / echando brincos y piernas. / ¿Qué se me da a mí que Tajo, / corra por do suele aprieta, / ni que se meta en dibuxos / el uno, y otro Poeta?" (II, p. 37).

Las cosas tendían, sin embargo, a cambiar. La aparición del *Romancero general* en 1600, del *Manojuelo* de Lasso en 1601 y de su continuación (II *Manojuelo*, hoy perdido) en 1603, daba inédita gravedad al infundio, ahora circulante en medios impresos de mayor difusión y prestigio que no las volanderas *Flores* de antaño. Pero hay, también, causas más serias para producir en Lope una creciente desazón. Son de orden político y ligadas al progresivo ensombrecerse del problema morisco, abocado a un desenlace violento desde la subida al poder del duque de Lerma³⁷. Ha llegado un momento en que ciertas cosas no pueden pasar ni aun como chistes y oírse motejar de morisco no tiene ya ninguna gracia. Lope llega a estar muy preocupado. La epístola *Al contador Gaspar de Barrionuevo*, escrita en 1603 e inserta en las *Rimas* de 1604, glosa su desazón ante el asedio de tanta crítica, que no se detiene ni ante lo más sagrado, que es, como sabe todo español de la época, el resplandor de la "limpieza":

Y si quisiera hablar, ¿quién hay que al baño
vaya tan blanco, que desnudo diga
"Bien limpio estoy"? Y es todo mancha el paño.
Difícil es de ver la propia viga;
yo sé quien se pusiera colorado:
la paciencia ofendida a mucho obliga³⁸.

³⁷ La expulsión fue acordada en principio por una consulta del Consejo de Estado de 3 de enero de 1602 (MANUEL DANVILA Y COLLAÑO, *La expulsión de los moriscos españoles*, Madrid, 1889, p. 253) Véase también el capítulo "Precedentes inmediatos de la expulsión", en ANTONIO DOMÍNGUEZ ORTIZ y BERNARD V. VINCENT, *Historia de los moriscos. Vida y tragedia de una minoría*, Madrid, Revista de Occidente, 1978.

³⁸ *Obras poéticas*, ed. JOSÉ M. BLECUA, Barcelona, 1969, I, p. 238. Como deduce Diane J. Pamp, "es incongruente que Lope salga pregonando su nobleza en una carta tan íntima si no tuviese presente el dolor de un ataque reciente (*Lope de Vega ante el problema de la limpieza de sangre*, p. 59). "Ataque" sí, pero cosa muy distinta el que éste se hallara bien fundado y sin que, además, arguya a favor ni en contra de una específica acusación de judaísmo que no se ve surgir por ninguna parte.

Es, claramente, una amenaza de pasar él mismo a la ofensiva contra los que se atreven a murmurar de su limpieza. Ya se sabe cuánto juego había de darle el cotilleo acerca del real o supuesto judaísmo de Góngora. Lo que comenzó en pura broma de los del oficio amenazaba convertirse en algo muy serio. Lo que había cambiado no era Lope, sino su España.

Lejos de ninguna distensión, las dos variables que actuaban sobre Lope no harían sino escalar en flecha. El problema nacional de los moriscos continúa agravándose hasta alcanzar un grado de paroxismo con las expulsiones de 1609 y 1610. La inseguridad de Lope aumentaba también con la publicación en 1605 del *Quijote* y de las *Flores de poetas ilustres de España* por Pedro de Espinosa, acontecimientos muy aciagos para su pretendida monarquía poética. Lope se empantana cada vez más en su forcejeo satírico con Góngora, en el que siempre lleva la peor parte. El año de 1609 determinó un nuevo nivel de violencia en el enfrentamiento con Góngora, que visitó entonces la corte para atender a ciertos negocios del cabildo cordobés³⁹. El cuento de Lope "morisco", presente desde hacía tiempo en el arsenal de sus enemigos, no podía menos de recrudecerse con la susceptibilidad que la expulsión exacerbaba en cuanto tuviera algo que ver con el pueblo amputado.

Había pasado en esto la hora de las chuscadas a costa de los Reduanes, Gazules y Darajas. Menéndez Pidal observó

³⁹ La naturaleza y consecuencias del nuevo y probable encuentro entre ambos poetas son estudiadas por ROBERT JAMMES, "Essai de critique textuelle: le romance 'En el baile del ejido' de Góngora", *Les langues néo-latines*, 164 (1963), pp. 3-17. Según el mismo autor, datan de entonces los intereses dramáticos de Góngora, deseoso de dar adecuada respuesta a los principios expuestos por Lope en su *Arte nuevo* (*Études*, p. 487). EMILIO OROZCO (*Lope y Góngora*, pp. 115-116) discrepa de la datación por Entrambasaguas del soneto "Después que Apolo tus coplones vido" hacia estos mismos días; no advierte que el terceto final, con su burla del *correr y trotar* de Lope, alude a sus recién iniciadas actividades celestinescas junto al duque de Sessa: "No corras tanto, corredor valiente, / que si un sombrero por correr ganaste, / mira no ganes un jubón trotando". Baste recordar: "Porque Trotaconventos ya non anda nin trota".

cómo los romances moriscos disminuyen bruscamente en la IX *Flor* de 1597⁴⁰, estiaje que se prolonga en las cuatro últimas partes del *Romancero general*, hasta las trece que terminan de publicarse en 1604. La causa, según el certero juicio del maestro, era de obvia naturaleza política y motivada por el endurecimiento de la línea oficial hacia los moriscos. Nada ayuda a comprender la virulencia de aquélla como la repentina peligrosidad que ahora desciende sobre estos sarracenos de juguete literario, mínimamente afectados por el espíritu disidente de *El Abencerraje y la hermosa Jarifa*⁴¹. Razones de oportunismo político obligaban a desempolvar al Cid y a doña Ximena, conforme al programa "conservador" de Gabriel Lobo Lasso de la Vega (ideológicamente un hombre muy "Felipe II").

Sólo a esta luz se hace plenamente visible la intención de Lope en *La villana de Getafe*, escrita en 1613-1614⁴², días de máximo furor anti-morisco. El "ya se les hace la información para echillos de España" de la denuncia anónima apunta claramente a la despiadada tarea policíaca contra los últimos vestigios, a veces casi irreconocibles, de aquel pueblo: el desarraigo de individuos y familias acorraladas, cuya crueldad comenta el *Quijote* (II, 65) con el "elogio" de su máximo y más odioso ejecutor, el conde de Salazar⁴³. No

⁴⁰ *Romancero hispánico*, II, p. 125. Para la afinidad del fenómeno con la cercana expulsión, cf. RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL, *El romancero nuevo*, p. 24.

⁴¹ Sobre la general vacuidad oriental del romancero morisco de Lope y sus imitadores, *vid.* GEORGES CIROT, "La maurophilie littéraire en Espagne au XVI^e siècle", *Bulletin Hispanique*, 43 (1941), pp. 273-274.

⁴² Fecha de Gunda Sabina Kaiser en su edición inédita (pp. xxvii-xxxvii). Pero más aceptable por el eco de la política de rebusca que por los detalles aquí reunidos acerca de su presencia en el repertorio de Pedro de Valdés y su esposa Jerónima de Burgos, amante a la sazón de Lope y casi segura actriz en el papel de la villana. S. Griswold Morley y Courtney Bruerton resumen otros intentos de datación y asignan *La villana de Getafe* a un período extremo de 1610-1614 (*Cronología de las comedias de Lope de Vega*, Madrid, 1968, p. 91).

⁴³ FRANCISCO MÁRQUEZ VILLANUEVA, "El morisco Ricote o la hispana razón de estado", *Personajes y temas del Quijote*, Madrid, 1975, pp. 332-335.

hay que olvidar que hasta su amigo y admirador don Felipe de África⁴⁴, príncipe de sangre real africana, apadrinado en su bautismo por Felipe II y caballero de Santiago, ha tenido que abandonar España para siempre, tal vez un poco antes de 1609.

Es este ambiente de represión fría y menuda el que lanza a "Lope" a declararse engendrador de puercos y (todo antes que morisco) hasta engendrado, si hace falta, por el legendario "arcipreste" lujurioso⁴⁵ de la tradición medieval:

Lope. Hijo soy de un arcipreste
muy católico y fiel.
(p. 398)

El Fénix lanza a los autores de aquella broma, que ha llegado a hacerse tan pesada, el proyectil de su irreprochable parentesco con el inquisidor don Miguel del Carpio⁴⁶. Y lo mismo su injerto matrimonial en la familia de los Urbina (de donde el suegro *Urbano*) y "Alderetes finos", parentesco político del que siempre estuvo tan orgulloso y al que tanto le costó ser aceptado⁴⁷. Aun antes de estallar la ca-

⁴⁴ JAIME OLIVER ASÍN, *Vida de don Felipe de Africa, príncipe de Fez y Marruecos*, Madrid-Granada, CSIC, 1955, p. 195.

⁴⁵ EDWIN J. WEBBER, "La figura autónoma del Arcipreste", *Actas del I Congreso Internacional sobre el Arcipreste de Hita*, Barcelona, Sersa, 1973, pp. 337-342.

⁴⁶ Ahora mucho mejor conocido tras el sólido estudio de RICARDO ESPINOSA MAESO, "Don Miguel del Carpio, tío de Lope de Vega", *Boletín de la Real Academia Española*, 58 (1978), pp. 293-371. Se establece aquí con el mejor fundamento el origen pechero, aunque cristiano viejo, de Lope, que en esto del parentesco del inquisidor "embrolló no poco y fantaseó a su placer" (p. 293). Datos complementarios acerca de don Miguel del Carpio y su colega Andrés Gasco en KLAUS WAGNER, "Lecturas y otras aficiones del inquisidor Andrés Gasco", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo 176 (1979), pp. 149-181).

⁴⁷ Sobre la nobleza y posición relativamente encumbrada de los Urbina-Alderete, cf. NARCISO ALONSO CORTÉS, "Doña Isabel de Urbina, primera mujer de Lope de Vega", *Boletín de la Real Academia Española*, 14 (1927), pp. 674-678. Para entender el encogimiento y complejo de inferioridad de Lope junto a su familia política no hay mejor ni más patético testimonio que el tono mendicante del ro-

lumnia, el "Lope" de la comedia (que describe su vida sevillana) se está curando en salud al atribuirse hábitos seguramente copiados de los del Lope de carne y hueso, y que no podían tener menos de morisco:

Lope.
 Nuestra vida pasa ansí:
 levantarnos a las ocho,
 tomar en vino un bizcocho,
 oír misa, y desde allí,
 a Gradas, a negociar.
 (p. 383-84)

Los simpáticos moros del romancero no están a todo esto ociosos. "Lope" les tiene todavía cierto cariño, como gente, aunque dañada, de cierto buen ver:

Lope. Ya si este moro de España
 Azarque fuera, el de Ocaña;
 Zayde, el de Zocodover;
 Tarfe, el de Vivataubín;
 Albayaldos, el de Olías,
 tuvieran las dichas más
 menos de bajeza, en fin;
 ¡pero Muley Arambel!
 (p. 398)

No deja de ser también la despedida melancólica a unos viejos amigos, tan moros por la onomástica como castizos por la toponimia, y ahora tan desterrados de la poesía como del suelo de España los verdaderos moriscos. Claro que, al mismo tiempo, Lope es Lope y no los acompañará muy lejos en su despedida (que eso quedaría para Cervantes).

La alusión más deliberada al *Romancero nuevo* y las dificultades en que éste ha terminado por sumir a Lope de Vega se identifica, sin embargo, con el detalle de la calum-

mance (n. 934, Docena parte) "No tengas, dulce Belisa": "Que precia el ser tuyo mucho, / por ser él pastor, y baxo, / ni tener merecimiento / de estar en lugar tan alto" (II, p. 99).

nia misma de que es objeto don Félix del Carpio. Porque, según el anónimo de la villana, "su abuelo de Félix se llamaba Zulema", y este nombre arábigo valía como una clave de excepción para identificar la persona real de Lope. Todos aquellos nombres moros habían sido disfraces de las pasiones y de los anhelos más íntimos y a menudo inconfesables del joven poeta, como apostilla aquel romance zum-bón de "Oídme, señor Belardo":

Una vez sois moro Adulce,
 que está en la prisión quexoso,
 porque le dexó Celinda,
 y es que os dio Filis del codo.
 Otras veces os mostráis
 Bravonel o Maniloro,
 y otras veces sois Azarque
 o Muça, valiente moro.
 Otras veces Reduán,
 que se atrevió a ganar solo
 a la ciudad de Jaén
 con gran grita y alboroto.

(I, p. 238)

Pero "Zulema" (en los romances un aristocrático y valeroso Abencerraje) era sin duda uno de los personajes en que más gustaba soñarse⁴⁸. Un romance suyo, incluido en la

⁴⁸ Conforme a la usual proyección estudiada, entre otros, por José MARÍA DE COSSÍO, *Lope, personaje de sus comedias*, Madrid, Real Academia Española, 1948. S. GRISWOLD MORLEY cataloga en esto una serie de nombres moriscos como Adulce, Almorlife, Azarque, Gazul, Muza, Reduán, Zaide (*The Pseudonyms and Literary Disguises of Lope de Vega*, Berkeley and Los Angeles, University of California Press, 1951). Los romances de Adulce se escribieron en la prisión, con ánimo de disponer en su favor a Elena Osorio, según A. TOMILLO y C. PÉREZ PASTOR, *Proceso de Lope de Vega por libelos contra unos cómicos*, Madrid, 1901, pp. 144-145. La vida sentimental de Lope juvenil, recogida en los romances de Zaide y de Gazul según María Goyri ("La Celia de Lope de Vega", p. 154 n.). Como ejemplo de un filón que dista de hallarse agotado y de las correspondencias entre comedias y romancero, el ciclo de Almorlife y Felisalva se identifica también como alusivo a Lope y Elena Osorio (J. B. AVALLE ARCE, "Dos notas

I *Flor* de 1589, glosa la agitación sentimental de cierto moro Almoralfie, que vuelve a los brazos de su dama como epílogo de una empresa naval, más bien la expedición a las Terceras en 1582 que no la jornada de Inglaterra:

De la armada de su Rey
a Baça daba la vuelta
el mejor Almoralfie
sobrino del gran Zulema.
(I, p. 20)

Y en otro de la misma serie:

El mayor Almoralfie
de los buenos de Granada
· · · · ·
el sobrino de Zulema,
Visorrey del Alpuxarra.
(I, p. 20)

También al pasar revista a sus más divulgados romances en “¿Qué se me da a mí que el mundo?”:

¿Ni que dexando el armada
de su Rey, a Baza vuelva,
a buscar su Felisalva
el sobrino de Zulema?
(II, p. 36)

Tan alto parentesco, traducido a términos reales, no hubiera podido ser otro que el inquisidor don Miguel del Carpio⁴⁹, lo cual daría motivo a los enterados (es decir, todo

a Lope de Vega”, p. 428). Hay que añadir aquí las comedias juveniles de tema morisco recogidas en la primera lista de *El peregrino en su patria*, y entre las cuales las hay tan obviamente alusivas como las hoy desconocidas *Muza furioso* y *La prisión de Muza* (MARÍA SOLEDAD CARRASCO URGOITI, *El moro de Granada en la literatura*, Madrid, Revista de Occidente, 1956, p. 81).

⁴⁹ Se resuelve de este modo una perplejidad de Américo Castro y Hugo A. Rennert, desorientados en creer que el “sobrino de Zulema”

el mundo) para una magna carcajada. Por ahí debió venirle a Lope el verse apodado en el mundillo de los poetas como “el sobrino de Zulema” y, un paso más allá, sencillamente “Zulema”. Así lo confirma por cierto el maduro testimonio de *La Dorotea* (1632): “Pierda la ignorante la flor de su juventud en esas boberías; que cuando más medrada salga, quedará celebrada en un libro de pastores, o la cantarán en algún romance, si de christianos, Amarilis; si de moros Xarifa; y el galán, Zulema”⁵⁰. Existe también, entre mu-

no sería otro que el rival sobrino de Granvela, “pero los sentimientos son los de Lope (*Vida de Lope de Vega*, Madrid, 1968, p. 69). La directa aplicación a Lope de estos romances de Almoralife fue, en cambio, afirmada por D. K. PETROV en el estudio que dedicó a *La villana de Getafe* en *Zapiski istoriko-filologiticheskovo fakulteta*, 82, San Petersburgo, 1907, pp. 471-480 (debo su conocimiento a la Srta. Iolanta Bak).

⁵⁰ Acto I, escena II. Conclusión curiosamente similar en el romance satírico contra la proliferación de poetas (n. 949, Docena parte) “Escuchadme atentamente”: “Oh fuego de Dios, amén, / en quien sale de sí mismo, / para venir cuando menos / a ser pastor o morisco!” (II, p. 98). Zulema es protagonista o tiene destacada mención en muchos otros romances. “Azarque indignado y fiero” (n. 2, Primera parte): desafío a Albayaldos y a Zulema por haberle indispuerto con su mora. “Ensillenme el potro rucio” (n. 3, Primera parte): el discreto, galán y valiente “Almoralife el de Baça, / de Zulema decendiente”, compañero de Azarque. “No la reina de las aves” (n. 252, Cuarta parte): Xarife, “el nieto del gran Çulema”, sale de Jerez para allanar el alcázar de Toledo. “De que su querida Zara” (n. 352, Sexta parte): la hermosa Zara tranquiliza a Zulema en sus celos del alcaide de Marbella. “Albayaldos el de Ollas” (n. 580, Séptima parte): Desafío de Abayaldos a Azarque, a quien reprocha su anterior desafío a Zulema. “Del Alhambra a media noche” (n. 589, Séptima parte): Zulema parte en un caballo rucio rodado para una entrevista amorosa que calme sus celos. “A los suspiros que Audalla” (n. 608, Séptima parte): amores de Daraxa, hija de Zulema, alcaide de Guadix, Vélez y Ronda. “Al alcaide de Antequera” (n. 657, Octava parte): Zulema, alcaide de Antequera, cumple las órdenes del rey de Granada. “Lo que puede aborrecida” (n. 666, Octava parte): Zulema cuenta a su señor Albençaide su historia de Abencerraje desdichado. “Aquel valeroso moro” (n. 700, Novena parte): hazaña taurina realizada en Ávila por Zulema el mozo, hijo de Zulema el de Toledo. “Si quiés que descanse el alma” (n. 1.145, II): un Abencerraje cuenta a Zulema la historia de sus amores. De estos son sin duda de Lope los

chos, un romance "serio" de Abencerraje Zulema, "Aquel esforçado Moro" (n. 213, Cuarta parte), canto a la gallardía y fortuna amorosa del protagonista, que sale a unas justas con un Ave Fénix por emblema:

Señal de infinito amor
y no de poca soberbia.

(I, p. 145)

Pero la confirmación viene en esto por la vía de un romance burlesco de Góngora⁵¹, claramente zaheridor de Lope:

Triste pisa y afligido
las orillas de Pisuerga
el ausente de su dama,
el desterrado Zulema.

(I, p. 283)

Conforme a la temática de otras sátiras del mismo al mismo (*Asno rucio*), surgen las burlas a la ignorancia, con alusión a su amistad con Agustín Castellanos, el analfabeto "poeta

dos primeros. Hay que añadir a esto el único romance morisco no paródico escrito en toda su vida por Góngora, "Aquel rayo de la guerra" (n. 54, Segunda parte), dedicado al injusto destierro de que, por celos del rey, es víctima "e'l gallardo Abençulema" (I, p. 44). Jammes lo fecha en 1584, es decir, en los mismos comienzos del género morisco, y sugiere que pueda tratarse de un romance de clave (*Études*, pp. 385-386).

⁵¹ Su carácter antilopesco fue señalado por Millé, que lo consideró parodia del romance "Desde un alto mirador" y lo fechaba, de acuerdo con el manuscrito Chacón, en 1586 (*Sobre la génesis del Quijote*, pp. 59-60). Jammes se inclina a considerarlo casi a modo de una versión burlesca de su propio romance de Abenzulema, "Aquel rayo de la guerra". Su base argumental podría ser también el mismo caso amoroso de algún compañero de cabildo, obligado a abandonar a su querida por otros forzosos negocios en la ciudad del Pisuerga (*Études*, pp. 156-158 y 385-386). Igual que "Enstíllenme el asno rucio", hay en "Triste pisa y afligido" el arranque en un caso amoroso de burlas par dar paso a una inconfundible sátira personal contra Lope. Antonio Carreño lo considera parodia gongorina de un romance de Lope sobre el mismo personaje (*El romancero lírico de Lope de Vega*, p. 85 n.).

sastre" de Toledo⁵², y al físico poco agraciado del supuesto amante "moro". El cuerpo del romance se centra, sin embargo, sobre el motivo inconfundible del poeta llorón, cuyo continuo gemir llega a hacerse insoportable a su misma mora Alaxa o Balaja⁵³, que no en vano le reprocha con gracejo:

—“Ay Moro, más gemidor
que el exe de una carreta,
pues no soy tu mora yo,
no me quiebres la cabeça”.

(I, p. 284)

El romance, impreso en 1593⁵⁴, desemboca en un final escatológico.

⁵² “No lleva por la marlota / bordados, cifras ni letras / en el campo del adarga / ni en la banderilla letra. / Porque es el moro idiota / y no ha tenido poeta / de los sastres desde tiempo, / cuyas plumas son tixerás” (I, p. 283). Como se sabe, la amistad y protección dispensada por Lope al “poeta sastre” toledano Agustín Castellanos fue objeto de rechiflas por parte de Suárez de Figueroa, Esteban Manuel de Villegas, Quevedo, Tirso de Molina y Cervantes (FRANCISCO DE B. SAN ROMÁN, *Lope de Vega, los cómicos toledanos y el poeta sastre*, Madrid, 1935). Es cierto que la amistad de Lope con el sastre no se documenta hasta años más tarde, pero tampoco es imposible que resultara ya conocida y pública en 1586. Disminuiría aún dicha dificultad si la fecha del manuscrito Chacón (no siempre de fiar en esto como supieron sus editores Foulché Delbosc y Millé Giménez) estuviera equivocada. Nótese que la desgracia amorosa del “desterrado Zulema” encaja perfectamente con el caso de Lope en 1588 y con las sátiras de que entonces fue objeto por parte de Lasso de la Vega y tal vez también de otros colegas en el oficio poético.

⁵³ Así, con mejor lectura, en LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE, *Obras completas*, ed. JUAN MILLÉ Y GIMÉNEZ e ISABEL MILLÉ Y GIMÉNEZ, Madrid, Aguilar, 1966, p. 79. No se ha realizado todavía un estudio particular de las burlas desencadenadas por la afición de Lope a estos excesos de llanto amoroso. Góngora vuelve a reírse de ella, combinándola con el otro tema característico de la contemplación del retrato, en su romance (n. 773, Novena parte) “En la pedregosa orilla”. Tampoco fue ajeno a esto el mismo Cervantes, como apunta STANISLAV ZIMIC, “Cervantes frente a Lope y a la comedia nueva. (Observaciones sobre ‘La entretenida’)", *Anales Cervantinos*, 15 (1978), p. 69. Se señalan también aquí curiosas concomitancias entre *La Entretenida* y el romance “Oídme, señor Belardo” (p. 85).

⁵⁴ *En la Quinta parte de Flor de romances nuevos.*

Contra ciertas especulaciones⁵⁵, no hay prueba alguna de que Lope escribiera su comedia amargado por algún fracaso en la pretensión de un hábito, empresa siempre muy superior a sus posibilidades sociales. Claramente le urgía, en cambio, desautorizar las habladurías perjudiciales acerca de su linaje, que aunque basadas en terreno deleznable tomaban ahora un peligroso cariz. La jugada apologética del Fénix consiste, simplemente, en explicar el origen bromista de semejante identidad "morisca", nacida en tiempos más felices al calor de aquella inmensa locura poética del *Romancero nuevo*.

FRANCISCO MÁRQUEZ VILLANUEVA

Harvard University

⁵⁵ Marcel Bataillon, que no acertaba a explicarse la comedia a partir de recuerdos autobiográficos de su matrimonio con Isabel de Urbina (y aun menos del de Juana Guardo, como quería Petrov), se maravilla de la desatención al problema de un Lope tan preocupado de repente por calumnias contra su limpieza de sangre. Supone entonces que tanto antes como después de su ordenación debió pretender algún hábito de Santiago o Calatrava, que no consiguió "sin duda" por testimonios adversos a la hidalguía de su linaje paterno ("La desdicha por la honra': génesis y sentido de una novela de Lope", p. 392). Baste oponer a esto la absoluta ausencia de ningún testimonio sólido de tales gestiones, que solían ser sonadas y dejar tras sí una amplia documentación. Sí es admisible que, al igual que casi todos los españoles de su época, soñara Lope con el logro de un hábito como culminación de su vida, y también que abrigara alguna vana ilusión de buscarlo al acercarse su ordenación sacerdotal. La concesión de un hábito centra también el desarrollo de *El galán de La Membrilla*, comedia de 1615 donde la calumnia en materia de sangre es también prominente (si bien no afecta al protagonista don Felis de Trillo, que tiene también algo de Lope y logra al final su codiciado hábito). Diego Marín, editor de *El galán de La Membrilla* (Madrid, Real Academia Española, 1962), relaciona estos vidriosos temas con la indignación de Lope a raíz de haberle "dado vayas" unos judíos en Toledo (p. 75). El dato (procedente de la correspondencia con el duque de Sessa) no prueba sino la especial susceptibilidad de Lope en aquellos días, pues el desagradable incidente ocurrió algo después de haberse redactado ya la comedia. Lope no pasaba más allá, con todo esto, de lanzar algunos ingenuos globos-sonda, si bien con menos insistencia que lo hizo acerca de su pretensión del cargo de cronista del reino.